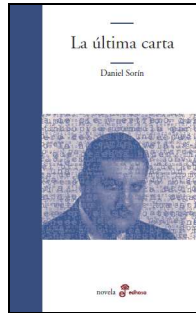


Daniel Sorín

## *La última carta*

### Capítulos 1, 2, 3 y 4



#### Tarde de preparativos

1

Debo reconocer, al fin, que el secreto me desgasta. Quieto en los extramuros de la memoria, me ha corroído en silencio durante cuarenta años.

En eso pensé la última hora.

Ocupado en el burdel de mi entendimiento confirmé, inmediatamente antes de escuchar el estruendo, que mi mirada ha sido inquieta, pero ligera e insustancial. Y mis juicios, tan arduamente contruidos con regla y compás, no me parecen ahora más firmes que las arenas movedizas ni más resistentes que una telaraña. En el mejor de los casos un laberinto a menudo vano e infructuoso.

Después de una larga hora meditando en mi empeño, en la futilidad de todo engaño, llegué a la certeza de no haber entendido mejor que el más obs-

tinado de los ignorantes y, por primera vez, intuyo, sospecho, que ha llegado el momento del exorcismo.

Hasta que me sustrajo lo imprevisto. Lejano, estridente, inesperado, el sonido me sobresaltó. Desalojado con violencia del ensimismamiento o de la modorra, despertado por lo súbito, observo hacia la puerta, agudizo el oído y espero atento. La vida diaria con su sonrisa burlona suspende mis devaneos: abajo se ha roto un plato.

2

Trajinan preparativos de fiesta. Ya no se escuchan los ruidos de la última limpieza y los aromas de las salsas han escapado por los ventanales abiertos; todo está siendo aprontado, el reloj de la tía Carmencita fue puesto en hora y pronto se encenderán las luces de la sala y del patio.

Escucho música. Así como lo propio de la casa de mi abuela eran los rastros en el aire de sus comidas transoceánicas, y en la de mis padres era ley su silenciosa penumbra de persianas caídas, así, la esencia de esta casa ha sido la música. Distingo cuerdas, intuyo recuerdos conservados con avaricia.

Supongo el mantel blanco esperando sobre la mesa; pronto Urquel será guardado, el pobre cada vez gusta menos de la energía indomable de los niños. Esta noche estarán todos, le he pedido a Ruth que no me llame hasta último momento. Años atrás, ya me hubiera requerido para calmar a este, ayudarla a hacer alguna cosa o recordarle cierta nadería. Sé bien que no son los años los que me liberan de manera tan benéfica, mis deseos no se han trans-

formado en ley mosaica ni en edicto inexcusable. Tales avatares colmarían mi ego, pero no, lo que obra de manera tan asombrosa es una rara alquimia entre lo amado y lo innecesario.

Hubo un tiempo en el que, además de querido, yo era cardinal, forzoso, ineludible. Un jefe de jauría propietario de los dones varoniles del mando, de ciertos conocimientos y algunas habilidades; la última palabra, un juez ecuánime de ociosos pleitos hogareños.

Ayudó a este menester —el de renunciar a ser jefe de jauría— que dejaron de necesitar mi ayuda y se me desvaneció la ilusión de ser irremplazable.

Está bien, así debe ser.

Aunque me sorprendió, nunca deseé lo contrario, de manera que no me ofende ni molesta.

Mi actual paradero suburbano no me provoca desasosiego. Ya no habito el centro de las decisiones y hace unos años que soy apenas un parecer, que sobre mis espaldas no recae el peso de gravosas conclusiones ni de fallos imperiosos. Ya no hay sentencias, ni juicios, ni premuras. Que no corro, que no tengo que llegar a lugar alguno. El vórtice está cada vez más lejos de mí, soy apenas un deslizarse suave ocasionalmente interrumpido por el malestar de alguna enfermedad inoportuna.

En fin, ya no estoy en el centro. Ya no soy el centro.

Hace un tiempo descubrí que este proceso no tiene marcha atrás. Llegará el momento en que mi opinión solo sea oída por dulzura o piedad, en que no será tenida en cuenta ni sopesada.

Y sé, también, que ese albur es la mejor alternativa. Un desteñirse con lentitud, un hacerse transparente.

Aunque nada de esto le he dicho, de alguna manera Ruth intuye lo que pienso y se enoja, o entra en pánico. No soporta verme mirar la nada por la ventana, perdido en mi propia marisma. Y quiere protegerme, su instinto maternal y su amor de mujer, esa fidelidad que no admite conjugarse en pasado, inunda sus ojos de lágrimas. Entonces, para sacarme de las garras del diablo o de la vejez, me propone salidas fastidiosas o, como es el caso de esta noche, bulliciosos festejos.

Hoy cumpla años, aunque tengo una aceptable salud, mi futuro es razonablemente escaso. El presente se ha ensanchado hasta ocupar casi todo.

3

En el fondo debo ser vulgar: me ha dado la afición por los balances.

Tanto en el debe tanto en el haber.

En el debe los sueños, los deseos, las metas y las utopías.

¡No, las utopías no!, eso sería cínico.

Sigo: en el haber lo conseguido, lo encontrado, inventado o descubierto.

—José, ¿no te vas a cambiar?

Es Ruth, la próxima vez dirá “son las nueve, papá”, para minutos después urgir: “José, ¿vas a tardar mucho?” y después: “¡Te estamos esperando!”.

Pero hay tiempo, es apenas la primera llamada, mis hijos aun no llegaron.

Hace unas noches tuve un sueño. Me vi, tendría unos nueve años, de noche y dormido. El rostro cortado por una mueca de horror, los músculos tensos y la boca abierta, presta para el grito. Mi sueño se introdujo en el sueño de ese chico y reviví la turbadora pesadilla que me había acompañado infinitas noches en mi infancia. Yo miraba hacia abajo y veía delante de mis pies no el piso sino un imposible cielo gris, después se levantaba viento, las nubes se despejaban, y descubría con horror que estaba al borde de un precipicio.

Territorio sombrío el de la infancia, todo tinieblas y abismos. La primera vez que soñé ese sueño aterrador fue la noche de mi tercer insuficiente. Todavía hoy se me eriza la piel con su presencia.

4

La señora fue convocada de urgencia. Mi mamá dijo que había que llamarla antes de que fuese demasiado tarde. Aun podemos evitar que repita, afirmó. Fue tan conmovedor escuchar la palabra temida, que se me quedó grabada en algún rincón de la memoria. Escondida, la palabra esperó para salir como un vampiro a la luz de la luna. Fue la noche de la pesadilla.

A la mañana siguiente, mi mente, todavía asustada, escapó por una tangente.

Y reí. Reí a carcajadas.

—¿Por qué reís, José?

Aquel era el cuarto año que yo iba a la escuela. Había ingresado cuando tenía seis, pensé contando con los dedos: seis, siete, ocho, nueve... ¡Y no estaba en cuarto sino en tercero! ¡Y no había repetido!

La sinrazón se explicaba porque, contra toda evidencia de la más elemental aritmética, el primer grado, dividido por la mitad, se trajinaba durante dos años, a los que todos llamaban “primero inferior” y “primero superior”. Nadie descifró jamás las esotéricas razones que han inspirado tal dislate matemático.

Lo que mis padres no entendían era cómo me animaba, tan tranquilo, a decir que era lo mismo repetir que aprobar. Sentía —aunque no encontré las palabras para decirlo— que los números no eran más que un disfraz, una astuta falsificación. Mamá se tomó la cabeza con las manos y gritó, mi viejo se quedó mirándome, tan silencioso como perplejo. Ninguno de los dos sabía que aun latía en mí el pavor absoluto, que la noche anterior había estado delante del abismo. No sabían tampoco que mi risa era un escape. Lo mejor que podía hacer. Porque la locura, al fin de cuentas, consiste en no poder escapar, en un infinito caminar en círculos.

Después apareció ella.

La señora tenía los labios pintados de rojo. Y uñas esmaltadas y anillos en los dedos y muchísimas pulseras, finas y doradas, que tintineaban cuando movía la mano izquierda. La señora, su nombre se me ha perdido en el otoño de la desme-

moria, venía a casa los martes y los viernes a las seis de la tarde en punto.

Ella llegaba y revisaba mi cuaderno. Mientras corregía el trabajo que me había encomendado la clase anterior, consumía con exasperante lentitud las dos medialunas calientes con jamón y queso que mi mamá le dejaba en un platito, arriba de una servilleta de papel. Su mano, rojo y dorado, candor de pulseras entrechocando, levantaba la medialuna y mordía separando apenas un pedacito. El queso derretido se estiraba, pero ella, eficiente para esos menesteres, lo cortaba con elegancia; tenía, debo reconocer, una habilidad insuperable.

Todavía recuerdo ese suplicio. El aroma inundando la habitación y provocando en mí súbitos cambios en el estómago, en la boca y en el ánimo. Mientras ella comía de manera aristócrata, mis tripas maldecían la crueldad con plebeyo encono, y mi mente, presa de la más rústica ansiedad animal, se negaba a procesar lo que mi maestra, tan voluntariosa como monótona, trataba de explicarme. Para mi ira proletaria, la señora siempre dejaba algo, porque en el país de mi infancia no era de gente bien demostrar hambre.

Tenía nueve años y era mal alumno. Un pésimo alumno. Por indolencia, por decisión, por el barullo agudo y oculto, desordenado e indómito del que estaba prisionera mi mente. Claro que la señora no había tomado debida nota de eso. Más aun, no tenía noticias de que tales cosas pudieran existir en la cabeza de un infante.

Convencida de que su misión era ayudarme a entrar en el magno mundo del conocimiento, rein-

cidía con constancia insuperable en las tablas de multiplicar, en las reglas ortográficas y en el uso correcto de la ve y la be. La aritmética vaya y pase, pero la escritura era inasible para mí. Pronunciaba con exageración didáctica: “la bbbbbe labial y la vvvvve labiodental”, después de lo cual hacía silencio y, con una mirada cómplice, inclinando su generoso cuerpo hacia mí, como una gracia conferida al inferior, mientras sugería una sonrisa en sus labios húmedos, agregaba, por si no la hubiese entendido, “la be larga y la ve corta, Josecito”.

Nadie supo de esa noche en que estuve al borde de la muerte. Nadie supo que frente al abismo, en un final acto de inteligencia y coraje, levanté mi pie derecho y, con la respiración y el alma suspendidas, lo apoyé de punta atrás, treinta centímetros atrás. Mis mayores no se enteraron de mis noches, ni yo de los monstruos que acecharían, años después, el sueño de mis hijos. Hay en esta ignorancia, seguramente, más que la mezquina imposibilidad de las almas.